

Un caso ejemplar de un auténtico ejercicio sinodal

PIERANGELO SEQUERI

Si la Iglesia es el lugar para la escucha, el debate y el discernimiento sobre la inteligencia teológica de la fe, entonces el seminario organizado por la Pontificia Academia para la Vida sobre el tema *Ética teológica de la vida. Escritura, Tradición, Desafíos Prácticos* (Lev, 528 páginas, 30,00 euros), un texto que recoge las Actas de un seminario en el que participó un grupo internacional de teólogos, así como diversos expertos en humanidades, es la fórmula institucional adecuada para este ejercicio, al menos por dos razones. Por un lado, porque el hecho de que una Academia Pontificia se proponga como agente institucional interesado en acoger, en su seno, un amplio debate teológico y moral es un rasgo de encomiable honestidad intelectual que hace honor a la propia Iglesia. Hay que abordar los asuntos pendientes y los nuevos problemas, no esconderlos bajo la alfombra. Por otro lado, porque tal iniciativa muestra y promueve una de las dimensiones más valiosas de la sinodalidad eclesial: es decir, la escucha y el diálogo mutuos entre el magisterio autorizado y la teología profesional. El interés de esta frecuentación habitual - y quizás vuelva a ser habitual y normal - es estrictamente comunitario, de hecho, y de alguna manera autorreferencial. Se trata del amor de los discípulos de Jesús por la Iglesia, y de la Iglesia por los hombres y mujeres de su tiempo. No son asuntos triviales, en definitiva: son temas que en ningún caso deben ser prerrogativa de lobbies autodenominados y pretorianos del poder. Quisiera destacar este aspecto de modelo y estilo, que caracteriza la iniciativa amable de la Pontificia Academia para la Vida y la disponibilidad cordial de los teólogos participantes. La idea de que se puede practicar serenamente y seriamente la dialéctica de los argumentos en la búsqueda de la mejor interpretación que puede - o incluso debe - guiar el pensamiento y la práctica de la fe, aparece tan frágil y tan maltratada en ciertos momentos de estos años convulsos, que uno se siente fuera de lugar y fuera de su tiempo, si intenta ponerla en práctica. Esta idea de la Pontificia Academia para la Vida casi nos conmueve, porque es la idea de que se puede hacer en la Iglesia, y que se puede hacer afrontando con generosidad este tiempo en el que el Señor nos ha confiado la responsabilidad de comprender y hacer comprender las formas en que la luz del Evangelio se refleja en la condición humana. Cada uno, pues, según el ministerio y el carisma recibido, hará su parte. El magisterio autorizado, según el carisma recibido del Señor, confirma la coherencia de la fe: pero nunca lo hace - esto es el cristianismo - en el vacío del pensamiento y el surrealismo de las prácticas. La teología pensante, a su vez, realiza una tarea clarificadora que hace verdaderamente inteligible la coherencia de la fe: precisamente por eso, ni siquiera se concibe como una vía alternativa al ejercicio del magisterio autorizado. No se trata de una cooperación que deba arreglarse de una vez por todas, en un Consejo, digamos, y luego archivarse a la espera de alguna emergencia. Esta es la novedad que esta iniciativa hace realidad como evento y hace imaginable como modelo: la pura normalidad de este tipo de frecuentación, de disponibilidad, de servicio; respetando el papel que excluye cualquier pretensión de sustitución "subrepticia" o de presión "del exterior". Los temas centrales de este ejercicio dialéctico y servicio de discernimiento son muchos, delicados, importantes y complejos. Los expertos los comentarán e ilustrarán debidamente. Sólo quiero llamar la atención sobre la atmósfera general de su presentación, que sin duda es una buena noticia para los creyentes (pero también para todos los demás). En el texto básico, que presenta todos los temas y el marco de la discusión, los temas de la llamada "bioética" (y de la "biopolítica") forman parte del horizonte amplio y apasionante de la poesía de la vida - de su nacimiento y de su energía, de sus heridas y de su despedida, de su raíz indestructible en la generación del Hijo de Dios y de su sorprendente destino al mundo nuevo de Dios - que les devuelve su significado fundamental: es decir, las pasiones del amor por la vida y no la obsesión por el rendimiento de la tecnología. Este es el marco adecuado para la promoción ética del cristianismo. La enseñanza del Papa Francisco nos urge en todos los sentidos a volver a adoptar esta perspectiva como clave de la visión evangélica de la vida y del destino. Con este espíritu, el hábito de continuar este debate sería una pura alegría de la vida (y de la fe).

("Avvenire" 9 julio 2022 – Traducción: Leonardo Stefanucci)